

## JORNADAS 40 AÑOS ESCUELA FREUDIANA DE MONTEVIDEO.

### “MALESTAR EN EL REFUGIO”

Decir “Malestar en el refugio”, da pie para dos intenciones:

La primera es la de las suspicacias: Podría evocar a: “algo huele a podrido en Dinamarca”, o a “rebelión en la granja”, etc. No es la forma que querría propiciar, aunque tampoco excluirla.

La segunda es la de fondo, tan de fondo como es el malestar para nuestra civilización, y su relación con el lugar de la Escuela de Lacan, con sus connotaciones particulares, su novedad, -aún hoy novedad-, como la experiencia particular a la que el psicoanálisis nos dispone.

I –

En el “Preámbulo al acta de fundación”, de 1964, Lacan, refiriéndose a la Escuela, dice: “Este término debe ser tomado en el sentido en que antiguamente significaba ciertos lugares de refugio, incluso de base de operación, contra lo que ya podía llamarse el malestar en la cultura”.

“Al atenernos al malestar del psicoanálisis, la Escuela entiende dar su campo no solamente a un trabajo de crítica, sino a la apertura del fundamento de la experiencia, (y) al enjuiciamiento del estilo de vida en el que desemboca”.

La Escuela entonces, como refugio y base de operaciones, en relación al “malestar en la cultura”, a la vez que lugar de la apertura al fundamento de la experiencia, al atenernos al “malestar del psicoanálisis”.

II -

Freud comienza su Texto sobre el Malestar en la cultura, valiéndose justamente de las figuras que le hacen de refugio: la necesidad religiosa y el sentimiento oceánico. La Escuela, si es refugio, no lo es en esos mismos términos, aunque estos sean siempre un peligro posible.

Se refiere luego a las tres amenazas muy conocidas de sufrimiento: la naturaleza, el cuerpo propio y el lazo con los otros, a las que les da un estatuto que hace insuficientes “todos los programas del principio del placer”.

Al avanzar el texto, la cultura, que con sus regulaciones hace de refugio ante estos inevitables, por un giro pasa a ser también el origen del malestar.

Del mismo modo que se suele hablar de los estragos que la pulsión de muerte produce, soslayando a veces su íntimo lazo con la pulsión de vida para hacer que la vida misma funcione, también se suele hablar del malestar en la cultura para explicar las catástrofes que nuestra civilización produce.

Pero es cuando la pulsión vida se desenlaza de la de muerte, del mismo modo que cuando el malestar se desenlaza de la civilización, cuando los eventos catastróficos se suceden.

Pero si no se desenlazan trágicamente, cultura e individuo juegan como términos profundamente imbricados. Entre el “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, figura de hospitalidad extrema – también el cristianismo tiene sus imposibles que lo orientan- y su reverso, “odiaras al prójimo como a (eso en) ti mismo”, que conocemos en las formas extremas de la segregación, entre la irreductible condición de lo humano y la insoportable y para peor, ilusoria, restricción de la cultura, lo que entra como problema es la administración del malestar. Y eso es la política.

Cuando Freud exclama: “¡El desarrollo cultural es la lucha por la vida!”, hace fundar y referir esa vida a la muerte que le es consustancial y necesaria, razón de esa lucha. Ningún cierre pacificante, ninguna autonomía de términos sería posible y menos aún, deseable.

III -

Es así que hay malestar en el refugio contra el malestar. ¿Y por qué no? La Escuela puede, al menos conceptualmente, incluir al malestar en su forma de ser refugio.

Da así una nota particular al modo de asociarse, un matiz si se quiere, que pueda diferenciarla de otros modos de asociación.

De esta manera, “refugio y base de operaciones” toman implicancias políticas inexcusables. Sin embargo no son la escena política en sí, sino una segunda escena montada sobre esta. Proponen una distancia, un modo en el que el malestar entraría, pero asordinado, en un conveniente opacamiento de la realidad en su referencialidad más ingenua.

La Escuela como refugio se tensiona sobre el malestar. No es un partido político, o cualquier forma de masa artificial, sino un ejercicio, una práctica que de un modo sutil, y sin erradicar las vicisitudes habituales en cualquier grupo, impone una diferencia, tal vez la única que nos interese.

Refugio, base de operaciones. Algo habrá que hacer en lo político, algo que se mezclará permanente en las variaciones de la cultura, la subjetividad de la época o el Otro epocal. Pero la connotación “refugio”, condiciona a la “base de operaciones”, y define así un modo lateral de entrar al mundo, desde ese lugar que considere al sujeto, a lo que cada vez llamemos sujeto, como representado representativamente entre significantes, en una indeterminación que siempre le, nos, es propicia.

Trabajarse en sus imposibles le da entonces su particularidad, su chance.

El mundo entonces, convertido en otra cosa para la Escuela. En tanto que tal, base de operaciones para saber desde donde se habla en el psicoanálisis cuando se habla de la política.

De ahí que lo que nos interese sea la política del síntoma, allí donde éste se dé a leer, sin que esto implique politizarnos ni salirnos de la política, tal es el borde que me parece intentamos transitar, y del que esperamos extraer todavía consecuencias.

IV -

La Escuela, tal como la concibió Lacan al fundarla, y como se replica en variaciones con y sin ese nombre pero bajo su inspiración, implica la práctica de una puesta en común de un problema. Su función es la producción de analistas, y en tanto tal, un lugar en el que se realizará un trabajo, un lugar de experiencia donde se pondrán en escena las dificultades del pasaje implícito en esa producción.

Esto debe leerse en sus efectos de malestar también, ya que los produce.

Cuando en la proposición del 9 de octubre de 1967 Lacan dice que “en el horizonte mismo del psicoanálisis en extensión se anuda el círculo interno que trazamos como hiancia del psicoanálisis en intensión”, además de trazar una seria implicancia que da sentido a la Escuela, pone en juego no sólo a la intensión con la extensión, sino en particular, a la hiancia de la intensión, la hiancia que ésta implica, la que lleva en sí. Esa hiancia puede

ser tal vez muchas cosas, entre ellas el decir el fin de análisis, que ahí se constituye como verdadero problema para la Escuela y le da su sentido.

Esto implica la práctica de un anudamiento en la que lo que se anuda conlleva en su diferencia de términos, la tensión suficiente para producir la fuerza contraria, la de su desanudamiento, por lo que cada paso que se da en la extensión podría leerse en su borde de disolución siempre posible.

V -

En este cruce de tensiones, no es extraño que los efectos de grupo se infiltren en la dinámica de la institución. La consabida falla humana paga más de una cuenta. El malestar en la civilización nos ilustra de un estado de cosas en el que el problema irresoluble y la solución imperfecta se articulan para que las cosas, sintomáticamente, anden.

Así, los efectos de malestar, ¿son atribuibles a los grupos, como algo contingente, o al malestar en la cultura, en un registro de lo necesario?

Los grupos ¿estarían siempre tentados de irrumpir en un trabajo de escuela para dificultarlo?

La historia del psicoanálisis está plagada de este tipo de accidentes, lo que no debería impedir leer, en cada ocasión, aquello de lo que se trata: Guerra fratricida, o pacto social, institución crónicamente edípica -al decir de Ferenczi-, o práctica de Escuela, esa tensión se replica en múltiples ocasiones.

¿Se toma esto con naturalidad ya que el desencanto nos protegería de la ilusión? ¿Es su condición de problema verdadero, ese que no cede sus soluciones, el que entusiasma? Con todo, la cosa anda.

VI -

Todo esto me lleva a una pregunta, muy en ciernes, pero que quiero traer acá: Los efectos de malestar, ¿Son atribuibles a los grupos, al malestar en la cultura? ¿O habrá una tercera instancia?

En "Situación del psicoanálisis en 1956" Lacan dice:

"... la explicación debe buscarse en la situación del psicoanálisis más que de los psicoanalistas...es ciertamente el primero (el psicoanálisis) el que decide de la calidad del segundo (el psicoanalista)".

La alusión de la cita a un momento de la asociación del psicoanálisis, es muy clara. Sin embargo me invitó a un ejercicio: Servirme de esa frase imprimiéndole un cierto forzamiento, traicionar incluso su sentido original, convirtiéndola en una pregunta sobre lo que el psicoanálisis, como novedad, como inquietud ética, decide en lo que ha de esperarse de un psicoanalista, y tomar esto en términos de malestar.

El psicoanálisis, la inquietud que le es propia, la contingencia de la que se sirve, la propuesta, inédita en la modernidad, de devolverle al sujeto su lugar en el inconsciente, ¿qué efectos produce en cada uno de los que intentan sobre esto hacer una práctica, e incluso, como se dice, un modo de vida? ¿Y cómo determina esto los modos de asociarse, de dar lugar a ese problema en una lógica colectiva? Se trata aquí de algo más que de la vieja advertencia freudiana de que el inconsciente genera resistencias ¿A qué vías pero también a qué atolladeros el psicoanálisis nos conduce en el camino que nos propone, que tal vez nos pueda parecer a veces mejor resolverlos refugiándonos en los problemas del grupo, con sus angustias y con sus alivios?

Adrian Oscar Fietta

Trilce Buenos Aires